



## CAPÍTULO XXX

*Deístas ó filosofastros ante la incomprensibilidad  
del Misterio eucarístico.  
Fin de la sección filosófico-teológica*

### SUMARIO

- I.—El Misterio de la Eucaristía no es absolutamente incomprensible.  
II.—Su incomprensibilidad misma demuestra su veracidad.

Después que ante las razones filosóficas, expuestas anteriormente, los incrédulos no han querido humillar su orgullosa cerviz, pero contra las cuales no han podido oponer un argumento digno de aprecio, se levantan de nuevo, como si en este último combate hubieran de rendirnos, gritando que, habiendo sido criada la razón humana para comprender las cosas, y, siendo incomprensible el Misterio de la Eucaristía, aquélla no puede por consiguiente admitirlo. El argumento está dispuesto con mucha maestría, pero tiene la desgracia de no ser verdadero. Nosotros probamos con razones evidentes.

I. El primer término, á saber: que la razón humana ha sido criada para comprender las cosas, es absolutamente falso. Si dijeran que esta razón ha sido formada para comprender algunas cosas, dirían verdad. En efecto; varias ra-

zones patentizan su falsedad. 1.<sup>a</sup> La razón humana es muy finita, y, como tal, su comprensión también lo es. Es cierto que hay una cosa infinita, un Ser que no tiene límites; los deístas no lo niegan: luego la razón no puede llegar á comprender aquellos arcanos del Ser infinito que exceden á la comprensión de la razón.

Además, hay en la creación seres materiales cuya esencia es desconocida, cuyas relaciones mutuas ignora la razón, y sobre esto hemos insertado ya algunos ejemplos. Esa *diosa* razón podrá discurrir cuanto quiera hasta el día del juicio si gusta, pero jamás podrá comprender lo que trabaja tanto tiempo por conocer. Asimismo, el hombre se ve á sí propio, se toca y más cerca de sí no puede estar; su razón discurre por hallar los encantos que admira, pero no los comprende.

En último lugar; la razón humana ha sido creada para comprender solamente las cosas comprensibles; ¿cuáles son éstas? Ni aun las conocemos todas, y no las conocemos porque no nos es absolutamente necesaria su comprensión. Luego si la razón humana no comprende aún todo lo que es comprensible, ¿cómo pretende comprender lo incomprensible, lo que se halla fuera de sus alcances? Luego dicha razón, en términos generales, no ha podido ser criada para comprender las cosas.

Tampoco es cierto del todo que el Misterio de la Eucaristía es incomprensible. El angélico doctor hace una bella observación para el caso. La causa filosófica de muchos y muy graves errores, dice, consiste generalmente en el cambio que se hace con respecto á las operaciones de la fantasía, ateniéndose á éstas como si efectivamente fuesen operaciones del entendimiento.

Imaginar, es representarse un objeto en la fantasía bajo formas materiales. Comprender ó entender, es leer en el interior de una cosa, es darse cuenta, es conocer, aun cuando no podamos dar explicación, que esa misma cosa no repugna á la posibilidad de su existencia, porque está en armonía con los principios sólidos y rectas ideas. Por eso hay



cosas que se imaginan sin poderlas comprender y otras que se comprenden sin poderlas imaginar. Nosotros podemos imaginarnos el desarrollo de una semilla, como germina primeramente, como desprende el tallo y después las hojas, como finalmente da los sabrosos frutos; y esto ¿por qué? Porque todo cambio material puede ser representado por formas, con imágenes materiales; sin embargo, si es verdad que este mismo hecho lo podemos imaginar, también lo es que no lo podemos comprender, porque se ignoran las causas, los principios que producen semejante transformación. Dirán ahora los naturalistas que los agentes físicos, el calor, la luz, la electricidad si se quiere, juntamente con la buena disposición de la semilla son las causas y los principios buscados. Pero bien, aun en estas hipótesis, que no pasan en realidad de tales, pues no se sabe ciertamente si estos son todos ó parte de las causas buscadas, ¿se tiene acaso conocimiento de la naturaleza de semejantes agentes? Los físicos más sabios aseguran que tales agentes sólo son conocidos por los efectos y que no son propiedades inherentes á la materia. Pues si no lo son, pueden surtir diferentes efectos en materias iguales y por tanto quedamos en que ignoramos dichas causas; que no podemos comprender tales transformaciones, aunque, como he dicho, podamos imaginarlas. Por el contrario, no podemos imaginarnos la creación de la nada, porque no se puede representar con imágenes materiales el tránsito del no ser al ser, empero podemos comprender que así sea, en el sentido de que el entendimiento admira que existe una conformidad perfecta entre el hecho de esta creación y su principio, entre la cosa creada de la nada y el Omnipotente que puede crearla de la misma nada.

Lo mismo sucede con el Misterio sagrado de que nos ocupamos. No podemos imaginarnos como Cristo entero y real puede estar al propio tiempo en toda la Hostia, en cada una de sus partes y en todas las Hostias consagradas á la vez, ni de qué manera los accidentes puedan estar sin sujeto, porque tampoco podemos ver las cosas y hacernos cargo de ellas

si no es por medio de la extensión, que siendo material, puede ser representada con imágenes; empero, probando al entendimiento que la substancia de los cuerpos puede estar sin sus accidentes y que Jesucristo se halla en la Eucaristía á modo de substancia, claro es que este mismo entendimiento puede comprender la manera de existir el Salvador todo entero, real y substancialmente á la vez en toda la Hostia, en cada una de sus partes y en todas las Hostias consagradas. Lo mismo decimos respecto á la transubstanciación; nosotros no podemos imaginarnos cómo Jesucristo sin faltar del cielo, pasa á ocupar el lugar donde se encontraba la substancia del pan que se convierte en la de Jesucristo; primero, porque no podemos representarnos realmente un mismo ser corporal en dos lugares distintos; y segundo, porque tampoco podemos simbolizar el cambio de una substancia real en otra, sin que permanezca nada de la primera; son cosas espirituales y no pueden dibujarse con líneas materiales; mas todo esto, precisamente porque es abstracto, lo podemos conocer y entender al discurrir que no repugna que un ser corporal se halle al propio tiempo en dos lugares, y tampoco que una substancia cambie en otra sin quedar nada de la primera, porque tampoco repugna á la sana razón.

He aquí, pues, demostrado el que no sea incomprendible del todo el Misterio de la Eucaristía; el entendimiento en este Misterio advierte el hecho, discurre su posibilidad intrínseca y, al observar que no repugna á la razón, se anonada á sí propio; mas levantándose de su postración, admira sus encantos, contempla sus bellezas y bendice al Dios omnipotente.

«Es muy extraño y muy sensible por cierto, añade el P. Ráulica, ver á unos hombres que se dicen filósofos y que están tan envanecidos en su razón, tomar por una imposibilidad racional respecto á la Eucaristía lo que sólo es una imposibilidad fantástica; rechazar como incomprendible lo que sólo es imaginable; creer que sólo obedecen á las exigencias de la razón y ser los juguetes de su imaginación; y finalmente aparentar que siguen la filosofía y no seguir



en realidad más que una poesía la más grosera y la de peor especie, porque carece de toda elevación, de toda grandeza, de toda verosimilitud y de toda verdad» (1).

Por manera que si este Misterio sacrosanto deja de ser incomprensible porque el entendimiento lee en Él su modo de ser, también la incomprensibilidad, en consecuencia, deja de ser argumento para que no pueda admitirlo la razón humana, puesto que cuantas pruebas posibles puedan aducirse en corroboración de un hecho y cuantas exigencias solicite el más sutil entendimiento para inquirir, demostrar y confirmar una verdad, todas esas pruebas, todas esas exigencias vienen en último término á declarar y publicar altamente la realidad del presente dogma. Por cierto; los incrédulos predicaban que la razón humana no puede admitir el dogma de la Eucaristía, porque es incomprensible. Hemos visto que no es absolutamente incomprensible, y que por lo tanto, de conformidad con esta demostración la razón debe admitirlo. Pero no presentamos esta sola prueba; queremos hacer ver brevemente que la razón debe también admitir la Eucaristía por la universalidad de pruebas que la demuestran y la confirman.

Sería una de las más grandes aberraciones de la razón humana, y sin duda, el más alto grado de vileza á que pudiera llegar, el que se presentasen pruebas racionales, pruebas basadas en la experiencia, pruebas históricas, pruebas teológicas que pudiesen convencer por sí mismas y que esta razón no quisiese someterse á sus soluciones. Ahora bien; el dogma de la Eucaristía tiene en su favor todas estas pruebas. Precisamente porque es el más bello de todos los misterios, ha sido con mayor número de propios emblemas figurado, con multiplicados vaticinios anunciado y con mayor solemnidad instituido. En su favor la inteligencia humana ha empleado todas sus agudas sutilezas y ha sabido probarle; por el contrario, la misma inteligencia ha buscado todas las ficciones de la fantasía, ha empleado todos los so-

(1) Las Armonías de la Eucaristía, conferencia 19, n.º 15.

fismas del entendimiento para demostrar que su existencia es un absurdo y ha sido confundida merced á los argumentos de una buena y severa lógica; la física y la geometría le abren sus brazos porque la real presencia, el modo de estar Cristo en la Eucaristía, no se opone á ninguna de sus leyes, á ninguna de sus antiguas y modernas teorías; la historia ostenta en cada una de sus brillantes páginas la constante tradición, el perseverante uso que de este Sacrificio y Sacramento hicieron las naciones, los pueblos y los fieles; la teología, con las autoridades irrefragables de los evangelistas y apóstoles, de los santos padres y doctores, de los pontífices y concilios, de los mártires y confesores, de los ascetas y vírgenes, de los monumentos é inscripciones; de los portentosos milagros sin número; el Oriente y el Occidente, los griegos y los latinos, los coptos y los armenios, los sirios y todos los pueblos, las iglesias separadas y las unidas, las religiones falsas y las sectas heterodoxas; las herejías y las heréticas blasfemias; las artes y las ciencias, los ángeles y los espíritus rebeldes, los vivos y los difuntos, todos y cuanto de bello existe y puede servir de testimonio, de argumento y prueba, todo ha tributado, sin violencia alguna, espléndido homenaje, solemne culto y sólido apoyo al Misterio de nuestros altares. Pregunto ahora, ¿será este Misterio admisible al entendimiento? ¿Podrá la incredulidad hablar con descaro é insolencia y faltar á la verdad más contundente, afirmando que no puede admitir la Eucaristía, porque es incomprensible?

II. Mas no hemos concluido. El autor citado expone un silogismo basado en el mismo argumento de la incomprensibilidad, del cual deduce como consecuencia legítima, que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprensible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

Nosotros seguiremos de cerca sus hondas huellas para su cumplido desarrollo. Puede formularse dicho silogismo del siguiente modo: la razón no inventa lo que no comprende; es así que el dogma de la Eucaristía es *á priori* un



misterio incomprensible, luego no ha podido inventarlo la razón humana. Con efecto: la razón no inventa lo que no comprende. Desde el momento en que el entendimiento humano ignora en absoluto lo que es realizable, no puede formarse ideas de ese mismo ser, ni en consecuencia coordinar una serie de pensamientos todos consecuentes. Más aun: si le asegurasen la posibilidad de la existencia de este ente, y para su efecto tuviesen que ser modificadas ó suspendidas algunas leyes físicas, tampoco podría imaginarse ni discurrir el modo de la existencia de dicho ser. Esto es muy natural. Si ignorásemos absolutamente el que un ser humano pudiese estar suspendido en el aire, no podríamos formarnos ideas adecuadas del modo de hallarse semejante individuo, para poder luego formar una serie de argumentos con sus consecuencias legítimas que demostrasen su posibilidad de existir en tal manera y en tales circunstancias. Luego por esto mismo que no podríamos comprenderlo, no podríamos inventarlo; por el contrario, lejos de poder inventar la razón aquello de lo cual no puede tener idea alguna, rechaza inmediatamente cuando se le propone cuanto es superior á ella. Por esto las religiones supuestas, las heregías atrevidas, las proposiciones sofisticas han sido inventadas por el hombre, porque son más ó menos accesibles á la razón, ya que ésta, al serle propuestas semejantes religiones, heregías y tesis concibe su existencia, imagina su modo de ser, descifra sus aparentes arcanos, entiende sus más menudos detalles y comprende en una palabra todo lo que hay de las mencionadas entidades. «Así, pues, toda doctrina, toda proposición religiosa, dice el P. Raúlica, es tanto menos razonable cuanto más comprensible, porque la doctrina que el hombre puede comprender, puede haberla hallado en sí mismo é inventarla él mismo, y porque una doctrina tal tiene demasiado del hombre, y se parece demasiado á él para que pueda ser aceptada como una revelación divina, como el pensamiento de Dios. Al contrario, lo que es incomprensible al hombre no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido

tener al mismo por autor... y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios (1)».

Tenemos, por consiguiente, demostrado el primer término del silogismo, á saber: la razón no inventa lo que no comprende. Veamos el segundo: es así que el Misterio de la Eucaristía es incomprensible... Mas no necesitamos demostrar esta premisa porque es evidente, es como un axioma particular que no necesita demostración.

La Eucaristía es incomprensible en el sentido que nosotros no podemos formarnos idea adecuada, ni aun remota del modo de existir Cristo en ella. Necesitaríamos para el efecto un entendimiento de menos límites que el que poseemos; sería preciso que adquiriésemos la inteligencia divina. Los sacramentarios, que pretendieron hacer comprensible el dogma eucarístico, cayeron en lamentables desvaríos, precisamente porque, no pudiendo sus entendimientos llegar á la comprensibilidad de este Misterio y, queriendo profundizarlo y explicarlo sin atar la razón á la fe, se encontraron con execrables errores que en nada se parecieron con el dogma que esperaban explicar. Ellos, en lugar de dar esta explicación humana, inventaron dogmas nuevos que decían ser el de la Eucaristía; y los inventaron porque comprendían su modo de ser, porque ellos mismos los habían forjado; y he aquí comprobado una vez más que la razón humana no inventa lo que no comprende, pero inventa lo que comprende, y como no ha podido comprender el dogma de la Eucaristía, tampoco ha podido inventarle. Luego el Misterio del Altar es invención sobrenatural y divina y por lo tanto sumamente real y admirable.

(1) Id.